

La épica griega: La *Ilíada* y la *Odisea*

El género épico: origen y características

La épica constituye la primera manifestación literaria, no sólo en Occidente sino en la mayoría de las culturas, en algunas de las cuales ha seguido viva hasta nuestros días. Los griegos dieron este nombre a uno de los grandes géneros literarios, y a él pertenecen toda una serie de relatos heroicos en los que se narran las hazañas de personajes excepcionales, a menudo asociados al nacimiento de una cultura o una nación; esto explica el hecho de que sus orígenes se remonten generalmente a la misma época en la que tiene lugar la consolidación del pueblo que se encargará luego de transmitirlos.

La propia antigüedad del género nos sirve para entender uno de sus rasgos principales: el carácter oral. Al menos en lo que se refiere a las epopeyas griegas, es importantísimo comprender que en su origen éstas fueron compuestas sin ayuda de la escritura, seguramente antes de que se generalizara su uso, y por un poeta o poetas que eran analfabetos y que se dirigían a un público que no sabía leer (al menos con fines literarios). Han llegado hasta nosotros como largas tiradas de versos, divididos en cantos, que comparten una forma métrica única: el hexámetro dactílico. Posiblemente, sin embargo, en un principio no fueron concebidas para ser recitadas, sino para ser cantadas con el acompañamiento de algún instrumento como la lira. Lo que es seguro es que fueron difundidas a través de cantores profesionales, los aedos, que ejercían su oficio de manera itinerante y que eran acogidos en los banquetes o en los patios de los palacios, donde la gente se congregaba para recrearse en los hechos de los héroes del pasado.

Como hemos dicho, para estos aedos, cantar era un oficio que, como tal, les exigía el dominio de una serie de habilidades técnicas que se transmitirían de generación en generación. Lógicamente, una parte no pequeña de éstas técnicas estaba dirigida a favorecer la memorización del texto para poder reproducirlo en público de forma fluida y segura. Así, aunque a un lector moderno le resulta muchas veces extraño encontrar en un canto un pasaje repetido de forma casi literal por dos personajes distintos, es fácil entender que este tipo de recurso resultaba muy útil para quien tenía que memorizar la historia. Del mismo modo puede explicarse el empleo constante de adjetivos tópicos que se aplican sistemáticamente a los distintos dioses o héroes, haciendo que en los poemas homéricos Aquiles sea casi siempre «el de los pies ligeros»; Atenea, «la de ojos de lechuza» o la «Tritogenia», y Ulises, «el fecundo en ardid».



Otro elemento típico es la recreación de escenas características, tales como los preparativos, los sacrificios, la partida, la boda y los funerales. La épica griega está llena de pasajes en los que aparecen situaciones de este tipo y, posiblemente, fueran estos episodios los que mejor permitían al cantor desplegar su propia inventiva. En efecto, no debemos pensar que todos los aedos repetían exactamente lo mismo. Según los críticos, la épica era una mezcla de memorización e improvisación, y parece normal que esta última resultara más fácil y mejor aceptada en aquellos momentos en los que la acción se detenía para describir un aspecto de la vida cotidiana con la que podía identificarse tanto el aedo como su público.

Es muy probable que sea también esto lo que justifique las largas comparaciones que aparecen en los poemas épicos. En medio de una escena de batalla, o describiendo el viaje de una divinidad, el cantor podía detener el relato para ilustrar la acción con una imagen y volcar toda en ella todo su potencial poético. Cuanto mayor fuera la impresión que ésta imagen produjera en su público, mayor emoción se crearía en torno a la historia, y mayor sería su propio prestigio.

Homero

La figura de Homero aparece rodeada de confusión y contradicciones desde la antigüedad. Aunque para la mayoría de los griegos su nombre hacía referencia a un personaje indiscutiblemente histórico, no existía ninguna certeza sobre su origen. Muchas ciudades deseaban atribuirse el honor de ser la patria del autor de la *Ilíada* y la *Odisea*. Entre ellas destacaba sobre todo la isla de Quíos, en la que se había creado una comunidad de cantores profesionales que se llamaban a sí mismos Homéridas o «descendientes de Homero»; sin embargo, esta hipótesis no llegó nunca a imponerse completamente. Tampoco entonces se conocía con seguridad la fecha de nacimiento del poeta aunque, según se desprende de un testimonio de Heródoto, es probable que la situasen en una fecha muy próxima a la más aceptada por la crítica moderna: en torno al s. VIII a.C. Otros detalles sobre su vida o su persona, incluidas las noticias sobre su supuesta ceguera son, casi con seguridad, de carácter legendario.

Existen, no obstante, algunos detalles significativos: todas las ciudades que podían reclamar en serio su relación con Homero se encuentran en territorio jónico, y también es jónico el dialecto en el que está escrita la mayor parte de los poemas. Además, al menos en la *Ilíada*, hay elementos que parecen dar a entender que el autor conocía personalmente esta zona. Todo ello nos permite pensar que esta obra pudo ser compuesta por un cantor que vivió y trabajó fundamentalmente en Jonia. Igualmente, una buena parte de los objetos, prácticas y creencias que se describen en el propio poema, así como el grado de desarrollo de la lengua empleada, parecen indicar una fecha de composición en torno al siglo VIII. En la *Odisea*, en cambio, la situación es menos clara, ya que aparecen objetos más modernos y la lengua empleada es



ligeramente distinta. Pero los rasgos que comparten ambas obras siguen siendo tantos que nadie se ha atrevido a negar categóricamente la relación que existe entre ellas.

La cuestión homérica

El estudio de las diferencias entre ambos poemas, y la aparición de elementos disonantes dentro del relato han dado lugar a la llamada «cuestión homérica», nombre por el que se conoce la discusión acerca del verdadero autor del texto, surgida ya en la antigüedad, y desarrollada especialmente a partir del s. XVIII.

El problema se creó cuando intentó encontrarse una justificación a lo que parecían fallos inexplicables en una obra concebida de modo unitario: un soldado que había muerto en un canto volvía a aparecer vivo de nuevo en otro pasaje posterior, o un presagio de un dios quedaba sin cumplir y extrañamente olvidado. Además, en el campo de batalla se mezclaban armas de diferentes épocas, y también en la vida cotidiana coexistían costumbres de distintos siglos. Esto hizo que, desde época muy temprana, se plantease la hipótesis de que en los poemas se habían agrupado obras de distinta procedencia. Comenzaron a hacerlo los sabios de la corte de Alejandro Magno y, en la Edad Moderna, este planteamiento alcanzó su momento más radical a partir de los estudios de Wolf, quien llegaría a negar por completo la intervención de un autor individual. Quienes han defendido esta teoría forman parte de lo que se conoce como escuela analítica. Ésta, en líneas generales, sostiene que los poemas existían ya como canciones independientes mucho antes de que se conociera siquiera la escritura y que lo que nos ha llegado no es otra cosa que una recopilación que habría adquirido forma definitiva mucho más tarde.

La teoría analítica se convirtió en la más aceptada hasta principios del s. XX. Poco después de la Primera Guerra Mundial, los filólogos empezaron a recuperar la idea de que había existido un autor individual, admitiendo, eso sí, que éste no habría creado su obra a partir de la nada, sino que habría recogido fuentes tradicionales distintas, a partir de las cuales podían explicarse los aspectos contradictorios de la obra. Se volvía de este modo a la concepción unitarista.

Después de haber pasado por estos dos extremos, los críticos modernos parecen de acuerdo en defender una postura intermedia. En la actualidad, casi nadie niega que los relatos homéricos poseen una cuidada estructura narrativa y un tono literario muy peculiar, que no pueden ser fruto simplemente de un hábil ensamblaje de elementos sueltos. Pero, al mismo tiempo, la mayor parte reconoce que dentro de la obra es posible delimitar claramente algunos pasajes que, casi con seguridad, constituyen añadidos posteriores a la obra original. En todo caso, la discusión sobre el autor parece haber pasado a un segundo plano, dejando que las obras mismas, tal como nos han llegado, se conviertan en el principal objeto de estudio.



Contexto histórico de los poemas

Independientemente de la fecha de redacción de la obra, ya hemos dicho que en los poemas aparecen multitud de objetos, costumbres o ceremonias que nos permiten asociar los episodios narrados con un momento histórico relativamente preciso. Es importante tener en cuenta, en primer lugar, que el autor estaba recreando un tiempo que a él mismo le resultaba remoto y en el que no podía evitar introducir aspectos de su propia época. Por otra parte, la *Ilíada* y la *Odisea*, aunque estén unidas por el mismo hilo argumental y en las dos aparezcan personajes comunes, parecen reflejar mundos distintos. Pero ¿qué es lo que podemos saber de éstos?

Durante mucho tiempo se creyó que las hazañas de los héroes de Homero no se habían llevado a cabo nunca. La célebre guerra de Troya, provocada por el rapto de la princesa Helena, ocupaba su lugar dentro del repertorio de los mitos griegos sin que nadie se atreviera a concederle gran fundamento histórico. Es cierto que ya Heródoto había señalado que el relato legendario era un reflejo literario de los conflictos que habían enfrentado desde épocas remotas a los griegos con sus vecinos persas. Pero sólo en el s. XIX, gracias a las sorprendentes excavaciones realizadas por Heinrich Schliemann en Troya y Micenas, quedó evidenciado el fondo histórico de la épica griega.

Schliemann, movido por su espíritu aventurero y por un romántico amor al mundo griego, emprendería una expedición a Turquía en busca de las ruinas de Troya, sin dejarse desanimar por el escepticismo de sus contemporáneos y sin apenas más referencias que los propios poemas homéricos. Sorprendentemente, se produjo lo que parecía impensable: en la colina de Hissarlik, a unas dos millas de la costa, descubrió los restos, no de una, sino de siete ciudades superpuestas; cada una, perteneciente a una época distinta. Las excavaciones posteriores encontrarían aún dos sustratos más. De todas estas ciudades, una, la conocida como Troya VIIa, fue destruida por el fuego en el s. XIII a.C. y es, sin duda, la ciudad hacia la que se dirigió la expedición descrita en la *Ilíada*.

Los héroes del relato homérico se remontan, pues, al período de mayor esplendor de la cultura micénica, surgida en torno a un conjunto de poderosas ciudadelas amuralladas que tenían como centro político y de influencia la ciudad de Micenas; la misma en la que, según los poemas, reinaba Agamenón. No es extraño, por tanto, que a lo largo del texto, la primacía de éste sobre los demás príncipes resulte indiscutible. En la *Ilíada*, el poeta llama varias veces a Micenas «la rica en oro» y este epíteto parece justificado al contemplar los hallazgos de las excavaciones de Schliemann, que sacaron a la luz un magnífico tesoro que contenía joyas semejantes a las descritas por Homero.

El sistema político y social de esta cultura se basaba en una estructura fuertemente jerárquica, dominada por un rey que disfrutaba de grandes privilegios y que tenía un papel tanto religioso como militar. Por debajo de él se



encontraba una nobleza guerrera que se enorgullecía de su habilidad en el manejo de un nuevo instrumento bélico: el carro de combate. Todo esto se recoge en la *Ilíada*, donde aparecen también otras armas características del mundo micénico, como las armaduras de láminas de bronce, o los cascos protegidos con dientes de jabalí. Además, al igual que en el texto homérico, en la sociedad micénica existía ya el trabajo especializado, y había artesanos que se dedicaban a la producción de objetos de cerámica o bronce. En la base de esta pirámide social se encontraban los esclavos, obtenidos principalmente del saqueo a las ciudades enemigas.

En la religión micénica estaban ya presentes las divinidades que conformarían más tarde el Panteón Olímpico. Éstas se encargaban de proteger a los reyes y a su pueblo, exigiendo a cambio una serie de elaboradas ceremonias de culto, a menudo acompañadas de un ritual muy preciso que, como ya hemos visto, se describe con gran detalle en los cantos épicos.

Aunque conocemos mucho menos sobre la vida privada de estos pueblos, sabemos que la familia era de carácter patriarcal y el varón de más edad asumía la autoridad sobre todos los demás miembros. Como en otras sociedades guerreras, las mujeres procedían muchas veces de botines de guerra, y esto hizo que se produjera una peculiar compenetración entre los vencedores y los vencidos. Así, el trato familiar que se establece entre Helena y los distintos miembros de la casa de Príamo, o entre el propio Aquiles y Briseida, aunque puedan parecer chocantes hoy en día, resultaban en ese contexto algo completamente habitual.

Los estudiosos de Homero han observado otros muchos detalles que ponen en relación el mundo de los poemas con la cultura micénica. No debemos, sin embargo, considerar que el relato épico es el reflejo exacto de una época histórica. Como ya hemos dicho, el poeta recogía unos hechos que habían tenido lugar muchos años antes de la composición de su obra, y era inevitable que en ella apareciesen elementos tomados de su propio mundo. Además, como en cualquier otra obra literaria, el principal propósito no era hacer una crónica, sino celebrar de manera poética las hazañas de los héroes deleitando a su auditorio.

Diferencias entre la *Ilíada* y la *Odisea*

Durante siglos, nadie dudó de que la *Ilíada* y la *Odisea* eran obra de un mismo autor; sin embargo, entre los dos poemas existen importantes diferencias que no pasaron nunca del todo inadvertidas y que se convirtieron en uno de los argumentos esgrimidos por los partidarios de la interpretación analítica. Dejando a un lado el problema del autor, al que ya nos hemos referido, nos centraremos en el estudio de las discrepancias más significativas.

En primer lugar, es evidente que los escenarios sobre los que se sitúa la acción en una y otra obra difieren significativamente. En la *Ilíada* nos hallamos



en un contexto bélico, frente a un campamento y una ciudad asediada por infinidad de guerreros ilustres. En la *Odisea* aparece una sociedad ya en paz, dedicada a sus tareas cotidianas, y un único héroe que vaga perdido por un mundo fantástico, habitado por monstruos, brujas y otros seres imaginarios. La *Ilíada* es, en esencia, una narración épica; en la *Odisea* se adivinan otros géneros, como la novela, el cuento popular o el relato picaresco.

La diferencia de contextos explica muchos aspectos distintivos de una y otra obra. Así, en la *Odisea*, la vida cotidiana cobra mucha más importancia, y, con ella, salen a la luz una serie de personajes que difícilmente encajaban en un entorno guerrero: Telémaco es poco más que un niño; Eumeo, un cuidador de cerdos; Penélope, Nausícaa, Circe y Calipso son mujeres, y también lo es Euriclea, que además es una anciana criada, nodriza de Ulises. Aunque es cierto que en la *Ilíada* aparecen también este tipo de caracteres, su presencia queda siempre en un segundo plano mientras que en la *Odisea* poseen voz propia y desempeñan un papel decisivo.

Por otra parte, la diferencia temática no explica del todo otras discrepancias. Existen, por ejemplo, sutiles pero importantes variaciones en el sistema político que se observa en una y otra obra. Los reyes de la *Ilíada* poseen una autoridad total e indiscutible. En la *Odisea*, en cambio, los pretendientes están dispuestos a desafiar a Telémaco, e incluso al propio Ulises, que tiene que presentarse disfrazado en su propio palacio para evitar ser víctima de una conjura. Es muy posible que nos encontremos aquí ante un indicio de la pérdida de poder que sufrirían los antiguos monarcas micénicos como consecuencia de la presión ejercida por la nobleza y que, sin duda, se había producido ya en la época de composición del poema.

Igualmente, el papel de los dioses es muy distinto en las dos obras. Si en la *Ilíada* Zeus podía poner en la balanza el destino de un hombre para decidir sobre su vida o su muerte, en la *Odisea* el propio Zeus se lamenta de que los hombres culpen a los dioses de su suerte, cuando son ellos mismos los responsables de su destino. Esta frase pone de relieve una concepción completamente distinta de la religión, que parece más desarrollada y más vinculada a la reflexión moral en la *Odisea*.

Finalmente, el espacio geográfico que abarca cada uno de los dos poemas varía también de modo significativo. La *Ilíada* se vuelve hacia el oriente próximo a los griegos; la *Odisea*, hacia occidente. Es cierto que para la mentalidad antigua el extremo occidental era el punto en el que parecía acabar la tierra firme y el lugar por el que el sol desaparecía cada día del firmamento. Era lógico, por ello, que hubiera que adentrarse en ese territorio para encontrar los seres fantásticos con los que se enfrenta Ulises. Pero también podemos creer que en el segundo poema existe un eco de las primeras exploraciones hacia ese mundo desconocido y, sobre todo, de las historias increíbles que difundían quienes regresaban de ellas y que serían la semilla de un nuevo género: el relato de viajes.



Pese a todas las diferencias señaladas, la *Ilíada* y la *Odisea* siguen formando una unidad frente a otros poemas épicos, de los que les separa el modo extraordinario en que son capaces de recrear un mundo que ya estaba muerto en la época en la que vivió su autor. Comparten además la riqueza literaria del lenguaje y su audaz estructura narrativa y, aunque distintos, son en cierto modo complementarios. En todo caso, sobre ellos se construiría el resto de la literatura griega.

